

Aventuras históricas

Las panteras de Argel

Las hijas de los faraones

Cartago en llamas

El Capitán Tormenta

El León de Damasco

Emilio Salgari



Aventuras históricas

Emilio Salgari

Clásicos salgarianos: Volume 7
An omnibus compilation of five titles:

Las panteras de Argel

Título original: *Le pantere di Algeri*

First published in Italian in 1903

Las hijas de los faraones

Título original: *Le figlie dei faraoni*

First published in Italian in 1905

Cartago en llamas

Título original: *Cartagine in fiamme*

First published in Italian in 1908

El Capitán Tormenta

Título original: *Capitan Tempesta*

First published in Italian in 1905

El León de Damasco

Título original: *Il Leone di Damasco*

First published in Italian in 1910

Cover: *Battle of the Crusades* di Jan van Huchtenberg, 1720

ISBN: 9781987886368

All Rights Reserved. Published internationally by ROH Press.
No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, graphic, electronic, or mechanical, including photocopying, recording, taping, or by any information storage retrieval system, without the written permission of the publisher.

<http://www.rohpress.com/>

El León de Damasco

Capítulo 1

La sobrina de Alí-Bajá

—AHÍ TENÉIS LA bandera azul de los tres leones rampantes... Allí está la galera del bajá de Damasco. ¡Izad la nuestra!... Señora, ya se aproxima el momento de la venganza.

Aquellas palabras las pronunciaba un guerrero turco de elevada estatura, membrudo y de piel bastante bronceada, quien, al parecer, acechaba desde días atrás la llegada del navío, en lo alto del imponente castillo de Hussif, sólida mole de construcción veneciana, tan maciza y fuerte que se precisaron doscientas galeras turcas para obligar a rendirse a los últimos bravos que sobrevivieron a la caída de Chipre. Frente al mar y a la tierra alzaba sus elevadísimas torres y sus espaciosas terrazas, defendidas por más de cincuenta culebrinas y de veinte bombardas, imponiendo respeto.

La voz del fuerte guerrero, tan rotunda como el mugido de un toro, se impuso por un instante al fragor de la resaca y resonó de arriba abajo de la torre.

Pasado un momento surgió una joven, que salió de una de las torres, y penetró casi a la carrera en la terraza. Era muy hermosa y tendría unos veinte años; alta, esbelta, de ojos negrísimo que resaltaban bajo largas cejas bellamente delineadas, de boca pequeña con rojos labios semejantes a cerezas maduras, y cabello larguísimo y suelto, de color ala de cuervo. En su semblante, aunque con una perfección de rasgos casi griega, había cierta dureza y energía que denotaba al momento a la mujer turca, cruel siempre, en el fondo, por haberla acostumbrado a ello los sultanes de los siglos XV y XVI.

Al estilo de las mujeres notables turcas de aquel tiempo lucía elegantes calzones de seda blanca recamados en oro, amplios y acuchillados para que pudieran verse las piernas, jubón de verde seda orlado de plata y grandes perlas, de extraordinario valor, por botones. Su cintura la ceñía una ancha faja de rojo brocado, anudada por delante con un gran lazo que le alcanzaba casi hasta los pies, calzados con escarpines de punta torcida hacia arriba y de cuero carmesí con adornos de oro.

A diferencia de las demás damas, anhelosas de joyas —que los sultanes, por aquella época victoriosos de continuo, luego de haber entrado a saco en provincias y reinos distribuían a diestro y siniestro, con la generosidad propia de los grandes ladrones—, aquella muchacha no lucía ningún adorno de este tipo ni tan siquiera en las orejas, muñecas o cuello. Por el contrario, colgaba de su faja una cimitarra cuya empuñadura y vaina estaban adornadas con zafiros y esmeraldas.

—¿Qué le ocurre a mi capitán para gritar de esa manera? —preguntó al turco, que en el extremo de la terraza y con la mano sobre los ojos a modo de pantalla parecía contemplar alguna cosa de gran interés en lo más lejano del horizonte—. ¿Sabes que ya es hora del café?

—Mejor es el café que llega por el mar, señora. El bajá de Damasco ha caído finalmente en la trampa que le había preparado su tío el Gran Bajá.

El rostro de la joven manifestó una salvaje alegría y sus ojos lanzaron destellos.

—¿Lo supones así, Metiub?

—¿Acaso estoy ciego, por ventura? Alá no lo quiera. Fíjate allí: la galeota del bajá, que avanza lentamente. En su palo mayor ondea la bandera azul con los tres leones rampantes de Damasco. Fíjate, Haradja, fíjate.

La bella turca, con la agilidad de una pantera, se dirigió al instante hacia el parapeto de la terraza, en la que podían verse seis culebrinas que llevaban el sello de Venecia —el famoso León de San Marcos—, tomadas, sin duda, en Nicosia o Famagusta. Como el sol resplandecía fuertemente, a pesar de ser por la mañana, se protegió también los ojos con la mano.

Un tremendo abismo se abría a sus pies, ya que el castillo se adentraba en el mar por aquella parte no menos de cien metros. Pero permaneció impertérrita, escuchando por un instante el rumor de la resaca, que llegaba hasta ella.

Casi ni a mil pasos de distancia una galera de unas trescientas toneladas, de buenas líneas para alcanzar gran velocidad, con dos palos provistos de enormes velas latinas y dos órdenes de remos, avanzaba con lentitud por el plácido océano, en dirección al noroeste, como si se dirigiese al archipiélago griego para anclar en la poderosa Constantinopla.

—Ocho culebrinas —enumeró el capitán—, veinte guerreros y veinte galeotes al remo. Buen manjar. ¿Qué opinas, señora?... ¿Continúa la flota del bajá vigilando la ruta del archipiélago?

Haradja había callado. Muy pálida, erguida ante el parapeto de la terraza, sobre el abismo en cuyo fondo sonaba con fuerza la resaca, se pasaba con nerviosismo una mano por sus largos cabellos, como si quisiese alisárselos. Su hermosísima frente aparecía ensombrecida, como si una terrible tempestad hubiese estallado en el cerebro de aquella enigmática joven.

—¿Me has comprendido, señora? —insistió el capitán con un gesto de impaciencia—. ¿Dejaremos huir al padre del valiente guerrero que debiera haber sido tu marido hace cuatro años?

Haradja, sin dejar de alisarse los cabellos, lanzó un suspiro.

—¡Ah! ¡Los recuerdos de otras épocas!...

—¿En quién estás pensando, señora? —inquirió con cierto tono irónico el turco—. ¿En el León de Damasco, o en el bello capitán que se casó con él y que, a pesar de ser mujer, me dio una magnífica estocada? Ciertamente es que aquella joven se hizo célebre en Famagusta con el nombre de capitán Tormenta.

La joven experimentó un temblor, la sangre acudió a su semblante y en sus ojos brillaban fieros destellos, igual que en los del jenízaro.¹ Se volvió hacia el capitán y, con temblorosa voz, exclamó:

—¿Acaso te hartas, Metiub, de contemplar las terrazas del castillo de Hussif?

El robusto turco la miró impasible y, cruzándose parsimoniosamente de brazos, respondió con sereno acento:

—Si la sobrina de Alí-Bajá desea ver a un hombre saltar en el espacio y estrellarse contra los escollos, realizando en el aire una soberbia curva, puede decirlo. Estoy presto a saltar.

Se había subido al parapeto y examinaba despectivamente los escollos en que estaba dispuesto a estrellarse a un mandato de su señora.

—A tus órdenes... ¿Qué valor tiene una vida si en Candía² millares y millares de cristianos y turcos son muertos por las minas o los proyectiles, por las espadas o las cimitarras? Allí se muere alegremente en busca de las huríes del Profeta, al igual que más de cincuenta mil compatriotas.

—¡Estás loco! —dijo Haradja, cogiéndole con fuerza por un brazo y haciéndole bajar—. ¿Está preparada mi galera?

¹ Jenízaros: unidades de infantería con alto nivel de entrenamiento

² Candía: nombre antiguo de la isla griega de Creta.

—Hace ocho días.

—¿Y mis armas y mi armadura?

—En la cámara de popa.

—En marcha, Metiub. Si no puedo apresar de momento al León y a su mujer, cogeré por lo menos, a su padre. El pequeño debe haber sido raptado en Venecia y tal vez se halle en poder de mi tío.

—¡Si lo encuentras vivo!...

—Solamente tiene tres años.

—Sí. Pero el bajá, en ocasiones, como entretenimiento, hace desollar vivas a las criaturas cristianas que caen en sus manos.

—¡Silencio!... Acompáñame.

Descendieron por una larga escalera, practicada en la roca viva, y tan angosta que una reducida hueste de hombres sería suficiente para defenderse incluso contra un pequeño ejército.

En las terrazas superiores numerosos guerreros y mujeres avizoraban el horizonte, pero no hubo nadie que se atreviera a gritar, indicando la nave del bajá de Damasco: sentían excesivo temor hacia Haradja.

Luego de haber bajado ciento sesenta escalones, el capitán y la muchacha se encontraron en la orilla de una caleta, en mitad de la cual se mecía rítmicamente una soberbia galera de casi cuatrocientas toneladas de color rojo y con un gran mascarón de proa en reluciente latón.

Portaba un par de velas latinas, únicas que se utilizaban en aquel tiempo en el Mediterráneo, pintadas también de rojo, con enormes rayas transversales azules, tres órdenes de remos y dieciséis culebrinas, todas en cubierta y emplazadas de manera que pudieran disparar en todas direcciones. La tripulación estaba formada por media docena de marineros, treinta galeotes encadenados a los bancos y cuarenta robustos guerreros turcos cubiertos de hierro y acero.

Una chalupa estaba ya aguardando a Haradja para llevarla a bordo.

—¿Falta alguno? —inquirió el capitán, dirigiéndose a los marineros.

—Ninguno.

—Vamos.

En un instante cruzaron el minúsculo puerto, y la sobrina del bajá y su capitán de armas subieron a la galera por una simple escala de cuerda.

Los treinta guerreros, provistos de pesados arcabuces, cimitarras y yataganes, constituyeron el puente de honor de su castellana, la cual, según

era su costumbre, no les dirigió ni una mirada y marchó a su cámara en tanto que el capitán de armas, tras echar una ojeada a las velas y las maniobras, dio diversas órdenes breves y tajantes.

Se elevaron las dos anclas, se orientaron las velas, y los treinta remos de los galeotes se pusieron a la tarea, acatando las secas órdenes de los maestros. La magnífica galera abandonó la caleta, pasó una escollera, en la que se había colocado una batería, y se adentró en el mar a fuerza de remos, ya que casi no soplaba viento.

La galeota del bajá de Damasco había rebasado ya el castillo de Hussif y proseguía con lentitud su rumbo, utilizando solamente los remos. Una infernal sonrisa afloró a los labios del capitán de armas.

—¿Hacia dónde vais, desdichados? —murmuró—. Os va a resultar duro caer en manos del turco, pero eso sería lo de menos importancia... Haradja hará una de las suyas y no respetará ni siquiera al ya anciano bajá.

De esta manera hablaba consigo mismo, sentado a horcajadas en una culebrina de considerable calibre, fundida en Constantinopla, cuando se unió a él la joven, cubierta totalmente de acero y luciendo en la cabeza un relumbrante yelmo ornado con un penacho de plumas de avestruz. La coraza estaba finamente cincelada, al igual que los brazales, quijotes y grebas. Había cambiado la elegante cimitarra por una especie de espadón curvado, soberbia y mortífera arma de abordaje.

—¿Se puede ya disparar, Metiub?

—Cuando desees, señora. No nos hallamos más que a unos tres tiros de arcabuz.

—Conmina a la rendición.

—El bajá se asombrará al observar que le cañonean sus propios compatriotas.

—¿Distingues al padre del León de Damasco sobre el puente?

—No observo en la galeota ningún anciano y empiezo a suponer que puede hallarse enfermo.

Una irónica y cruel sonrisa hizo entreabrir los hermosos y carnosos labios de Haradja. El capitán, que no dejaba de observarla, hizo un gesto con la cabeza y pensó:

«¡Hum! No me agradaría hallarme en la piel de ese pobre bajá... Si se encontrasen en esa nave el León de Damasco y el capitán Tormenta, la

señora lo pensaría mucho antes de lanzarse al abordaje..., y yo todavía más que ella... Pero...»

—¿Y qué? ¿Acaso requiere meditarlo? —masculló Haradja—. Creo que se pierde excesivo tiempo en mi galera.

—En seguida lo recuperaremos, señora. Aguarda un instante.

Alcanzó de un salto la escotilla central, e inclinando la cabeza exclamó con voz imperiosa:

—¡A ver! ¡Maestres, que trabaje el látigo y que se muevan los remos! Hay prisa.

Después, en tanto que surgían quejumbrosos gritos de la parte baja de la galera, retornó hacia proa, en la que seis hombres servían la enorme culebrina fundida en Bizancio.

—Primero un tiro bajo. Si no deja de avanzar, dispararemos a la arboladura... ¡Ocho culebrinas contra dieciséis! ¡Bah! Disponemos de mucha ventaja.

El largo cañón, que medía como mínimo tres metros, vomitó su carga con gran estruendo, que se extendió por el mar, repercutiendo de vez en cuando por las pequeñas olas que la brisa del sur pretendía hinchar.

El capitán de armas de la galeota contestó haciendo subir y bajar en tres ocasiones, como saludo, la bandera del bajá de Damasco. Pero en lugar de detener la marcha de la nave ordenó forzar el remo. Haradja enarcó las cejas y sus ojos despidieron destellos.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿No se acatan las órdenes de una sobrina del Gran Bajá?

—Señora —adujo Metiub—, no está izada tu bandera y, por otra parte, esa galeota no es de miserables mercaderes, sino de uno de los bajás más poderosos del Asia Menor.

—Haz ondear al viento los colores de Alí.

—Huirá con mayor velocidad.

—La alcanzaremos y nos apoderaremos de ella al abordaje —repuso Haradja, muy encolerizada.

—Luego de haberla cañoneado metódicamente. De todas maneras, si pudiese huir de nosotros sería para ir a caer entre las cincuenta galeras que tu tío puso bajo tus órdenes para que llevaras a cabo tu particular proyecto... ¡Eh! ¡Los de popa! ¡Izad la enseña del Gran Bajá!

Un momento más tarde una bandera de seda escarlata, con un par de culebrinas cruzadas en su mitad, se enarbolaba en la parte superior del palo mayor, a la vez que se disparaba un nuevo cañonazo en señal de advertencia.

Como había imaginado Metiub, los hombres de la galeota, en lugar de detenerse, aumentaron la velocidad por medio de los remos, y apuntaron las cuatro culebrinas de popa hacia la galera del Gran Bajá, como indicando que estaban decididos a oponerse a cualquier clase de ataque.

—¿Qué te parece, señora? —arguyó Metiub, con un ligero tono de ironía en la voz—. Al parecer no produce el menor efecto la bandera de Alí-Bajá en las gentes del bajá de Damasco.

—Es que las manda el padre del altivo León —repuso Haradja, rechinando los dientes—. ¡Fuego!... ¡Barre el puente de la galeota, y en cuanto los hayamos desarbolado..., al abordaje!... Hace cuatro años que estoy esperando la hora de mi venganza. Haz arder su cubierta, puesto que el bajá no asoma por ninguna parte.

—¡Eh! ¡Bordada de proa! —ordenó el capitán de armas—. Pólvora gruesa... Hay que barrer la cubierta de la galeota.

Una veintena de hombres se lanzaron al castillo de proa, donde había colocadas seis culebrinas de diversos calibres y empezaron a cañonear la galeota, organizando un infernal estruendo.

La nave fugitiva se limitó al principio a subir y bajar la enseña del bajá, pero observando que los proyectiles no dejaban de caer y que varios de ellos se abatían sobre el puente, empezaron también a disparar, y bastante enérgicamente, con sus cuatro culebrinas de popa.

—¡Vaya! ¡Los lobeznos de Asia! —barbotó Metiub, al escuchar el silbido de los proyectiles—. ¿Desean enseñarnos los colmillos a nosotros, los Tigres del Norte? ¡Música, artilleros!...

Y, volviéndose hacia la escotilla central, inclinó otra vez la cabeza para gritar:

—¡Más latigazos, maestros! Es preciso alcanzar la galeota para tomarla al abordaje.

La galeota acreció su velocidad a costa de las desnudas espaldas de los galeotes, quienes aullaban de dolor. Los desdichados, encadenados a los bancos y condenados a morir a tiros o ahogados si hundían la nave, no

remaban con premura, sino forzados por los golpes que se abatían sobre ellos por todas partes.

También la galeota, aunque el número de sus remeros era menor, realizaba perceptibles esfuerzos por conservar la distancia, que por desgracia disminuía paulatinamente, y respondió con vigor a los de la galera, descargando con tino sus cuatro culebrinas de popa.

Haradja, sentada en medio de la galera, entre los dos palos, contemplaba plácidamente a sus hombres, afanados en cargar y descargar los cañones. Ni un simple músculo de su rostro se alteraba y mantenía su tranquila sonrisa, a pesar de que los proyectiles silbaban a su alrededor, matando a uno u otro remero, destrozando algún remo y perforando las velas.

En dos ocasiones le aconsejó el capitán de armas que se retirara, pero la altiva sobrina del temible bajá no le contestó siquiera.

No obstante, un rumeliota y un albano se desplomaron a breves pasos de ella, segados los dos por los proyectiles de la galeota, y quedaron en la toldilla, desangrándose.

Metiub, que deseaba terminar cuanto antes y que no quería que a su señora le ocurriera nada, por temor a incurrir en el enojo del temible y despiadado bajá, estimulaba a sus artilleros y a los arcabuceros, puesto que ya ambos veleros se hallaban a una distancia en que las armas de corto alcance también podían ser útiles.

De vez en cuando ordenaba dar media vuelta a la galera para que fueran empleadas las piezas de los costados, arrojando andanadas por babor y estribor.

La lucha, dura y tenaz, se prolongaba desde hacía más de media hora, entre abundancia de humo y estruendo, pero sin notables resultados prácticos, ya que el movimiento que los remos obligaban a dar a la nave tornaba difícil la puntería. De haber soplado viento, la cosa habría variado y en los dos veleros se habrían podido apreciar daños, ya que los turcos contaban en aquella época con magníficos artilleros que podían enfrentarse sin desventaja con los de la República de Venecia.

Ya la galera, que seguía ganando terreno, se disponía para el ataque final, cuando surgieron en el horizonte cincuenta naves de guerra dispuestas en línea y que cerraban el paso a la galeota.

—¡Ya está en nuestro poder! —exclamo Metiub, dando orden a los artilleros de que dejaran de disparar.

Realmente la galeota no podía confiar en huir. En cuanto sus tripulantes se cercioraron de que todas aquellas galeras enarbolaban la sangrienta enseña del Gran Bajá, intentó en vano tres o cuatro bordadas, dejó de disparar, soltó los remos y arrió las velas. La bandera del bajá de Damasco fue coronada por otra blanca de rendición.

—¿Estás satisfecha, señora? —inquirió Metiub, dirigiéndose hacia Haradja, luego de mandar a los cómitres que no dejaran a los galeotes reducir la marcha.

—Pero... no distingo al bajá.

—Se hallará enfermo.

—No obstante, está su capitán de armas, ¿no es cierto?

—Él es quien dirigió los disparos.

—Manda situar los peines de arpones en los dos palos y que dispongan el juego de poleas.

Metiub la examinó fijamente.

—¿Me has entendido? —gritó ella, con impaciencia.

—¡Los peines de arpones para un bajá!... Piensa lo que vas a hacer, señora.

—¡Bah! Mi tío tiene mucha influencia en Constantinopla. Además, no sabes qué pienso hacer.

Se había incorporado y desenvainó el sable, mientras sus arcabuceros, con las mechas preparadas, aguardaban sus órdenes para efectuar una descarga. En cinco minutos escasos la galera abordó a la galeota, retiró sus remos para que no se estropearan con la embestida y la engarfió con los ganchos, sin disparar un tiro.

—¡Entregaos! —ordenó Metiub.

Un guerrero de elevada estatura, flaco, nervudo y musculoso, con una armadura, se colocó a la baranda entre los tripulantes de las dos naves.

—¿A quién nos hemos de entregar? —inquirió.

—A la sobrina del Gran Bajá.

El damasceno se tornó lívido, más recobrándose al momento preguntó con acento firme:

—¿Sabes a quién llevamos en la nave?

—Sí; al bajá de Damasco.

—¿Y tenéis la audacia...? ¿Con qué derecho?

—Con el derecho del más fuerte —exclamó Haradja, acercándose hasta la baranda—. De momento, tú pasa a mi galera. Luego se verá lo que hacemos con el bajá. Y preven a tus hombres, ya que al más mínimo intento de resistencia los pasaremos a todos a cuchillo, incluso a los galeotes. Ahora pasa a mi nave. ¡Rápido! ¡Ya empiezo a disfrutar con las delicias de la venganza...!

Capítulo 2

La ferocidad de los turcos

EL CAPITÁN DE armas del bajá de Damasco, ante aquella brutal conminación, se indignó y levantó con gesto amenazador los brazos, con la mano derecha armada de su cimitarra y empuñando en la siniestra una de aquellas largas pistolas incrustadas de nácar de que tan buen uso hacían los turcos de Asia Menor.

—No me has derrotado —replicó, colérico—. Ninguno de tus hombres ha saltado todavía a mi galeota para arriar la bandera de mi señor.

Haradja alargó el brazo e indicó las cincuenta galeras del Gran Bajá que se encontraban detenidas a menos de una milla.

—Pasa por entre esa línea si tienes valor.

—¿Y por qué razón me impedís el paso si a mi señor le esperan en Constantinopla?

—Mi tío y yo estamos enterados. ¿Te entregas?

—Ya te dije que ninguno de tus hombres ha saltado todavía a mi nave.

—¡Salta, Metiub!

El capitán de armas del castillo de Hussif juntó los pies y saltó, empuñando un sable de abordaje. El otro le cortó bravamente el paso, como buen turco del Asia Menor. De inmediato se trabó el combate, disputado y bravo.

El damasceno hubiera podido matar al atacante de un disparo, pero, leal y noblemente, tiró al suelo su arma, empuñando con la mano izquierda un sólido yatagán de una anchura de tres dedos.

Metiub, atacando con energía, tuvo que reafirmarse en la baranda, advirtiendo que tenía ante sí a un terrible enemigo.

Las dos tripulaciones permanecieron inmóviles, con los arcabuces dispuestos y las mechas humeantes, prestas a disparar a la primera señal y a lanzarse una contra otra en el instante en que se les ordenara.

Haradja, con un brazo apoyado sobre una culebrina, presenciaba impasible el duelo, confiando en la habilidad y maestría de su capitán de armas.

Ambos contendientes, cubiertos de hierro y de mallas de acero de fabricación milanesa, que era la mejor y la única de que en aquel tiempo se proveían los cristianos y los infieles de Europa y África, se acometían con verdadera ferocidad, cambiando entre sí tremendos golpes que provocaban exclamaciones de admiración entre los espectadores de los dos navíos.

Sus corazas parecían que iban a deshacerse, mas no cedían. Ambos hombres, a cada terrible golpe que recibían o propinaban, lanzaban rugidos que hacían sonreír, complacida, a Haradja.

Por espacio de cuatro o cinco minutos los dos capitanes pretendieron abrir los almetes, puesto que no podían atravesar las corazas. En aquel momento el del bajá de Damasco dio un paso en falso y se desplomó de espaldas, con gran ruido de hierro, dejando caer instintivamente cimitarra y yatagán. Metiub aprovechó aquella circunstancia para colocarle el arma en el cuello.

—¿Le mato? —indagó, volviéndose hacia Haradja.

La sobrina de Alí vaciló un instante y dijo:

—No. He de hablar con el vencido.

—Incorpórate —indicó Metiub a su contrincante.

Éste se puso en pie con agilidad, cogió de nuevo su cimitarra, la partió, la lanzó al mar y contestó a la joven:

—Si fui vencido, ha sido por un accidente casual y no por el esfuerzo de mi enemigo. Ya hace tiempo que conozco la siniestra fama de que disfruta la sobrina del Gran Almirante. Pero aquí me tienes.

Y de un salto pasó a la galera y se colocó a dos pasos de Haradja, cruzándose de brazos con desdén.

—¿Qué deseas de mí? ¿La vida? Tómala.

—Solamente pretendo averiguar dónde se encuentra tu señor.

Y con una rápida mirada se cercioró de que los peines del tormento se hallaban fijados a los dos palos de la nave, frente por frente las aceradas púas de sus correspondientes arpones.

—Se encuentra enfermo en su camarote.

—¿Qué le ocurre?

—Tiene malos los pies.

—Se comen demasiados pollos en Damasco... Ciertamente que son los mejores.

—Tú no se los has visto comer. Su enfermedad podría deberse a la mucha arena que el viento arroja sobre la ciudad y la excesiva humedad nocturna.

—No me interesa. Deseo saber otra cosa.

—Pregunta.

—Ahora a ti; luego a tu señor.

—Espero.

—¿Hacia dónde vais?

—Nos dirigimos a Constantinopla, requeridos por una carta del sultán.

—¿Escrita por el Visir?

—Al menos, eso creo. No siendo que se haya tramado una despreciable conjura para arruinar a mi señor. ¿No es cierto que es posible?

—Ve a preguntadlo a Constantinopla.

—Déjame ir.

—Ahora no. Acaso después, una vez que hayas hablado.

—¿Qué deseas averiguar?

—¿Dónde se encuentra Muley-el-Kadel, hijo del bajá, y su esposa aquella célebre capitán Tormenta?

—¿Y me lo preguntas a mí?

—Tú eres el hombre de confianza del bajá y debes de conocer en qué lugar se encuentra ese León de Damasco, a quien busco en vano por Italia desde hace tres años. Todo lo que pude saber es que vivieron por cierto tiempo en Nápoles, donde la cristiana tiene numerosas posesiones y que han habitado en Venecia en el palacio de Loredán. Pero cuando iba a culminar mi venganza, desaparecieron. Únicamente su hijo se halla en la reina del Adriático y, para mayor exactitud, se hallaba, ya que en este momento está viajando hacia Oriente.

—¡Lo has hecho secuestrar! —exclamó el capitán, tornándose pálido.

—No teniendo al león y la leona, rapté a su cachorro.

—¿Cuál es su edad?

—Creo que tiene tres años.

—¿Y qué intentas hacer con ese niño?

—Eso no es de tu incumbencia —respondió en forma brutal Haradja.

—De acuerdo; no conozco en qué lugar se encuentra el hijo de mi señor. Unido con una cristiana, dejó de relacionarse con su padre, que es en extremo buen musulmán para consentir tal matrimonio.

—¡Bah! ¡A mí no se me engaña con semejantes palabras! Dime dónde se hallan esos malditos *gávurs*.³ Quiero averiguarlo y me enteraré, aunque para ello haya de desollarte vivo.

—Desuéllame.

—No tengo prisa —repuso ella, casi con una sonrisa—. Vamos a ver. Tú conoces dónde se encuentra el hijo de tu señor. ¿Se encuentra en Italia o en Oriente?

—Ya te indiqué que no sé nada.

—¡Perro! ¿Entonces deseas la muerte?

—Mi padre murió luchando contra los curdos; su hijo morirá asesinado por sus propios compatriotas. La muerte no amedrenta al guerrero.

—¿Piensas hablar?

—No me importa. Puedo explicarte, si así lo deseas, que los curdos de la estepa fastidian mucho a los damascenos; te lo garantizo.

—¿Qué me interesa a mí esa tribu salvaje, que tantas molestias ha dado a los sultanes?

—En tal caso, ¿te puedo explicar que en Basora⁴ las gallinas engordan extraordinariamente en los soberbios arrozales?

—¡Ah! ¿Tienes el valor de mofarte de la sobrina de Alí-Bajá? —exclamó Haradja con voz sibilante—. Ahora verás. ¡Metiub! ¿Dónde se encuentra Hamed? ¡Rápido!

—Tras de ti —respondió el capitán.

Un negro de descomunal estatura, cuya fuerza debía de ser similar a la de un par de hombres robustos, vestido con un simple chaleco de seda y adornado con algunas alhajas de coral, se aproximó respetuoso hacia Haradja.

—¿Está preparado el juego de las poleas?

—Sí.

—Coge a ese hombre, amárrale y cuélgale.

No había acabado de hablar cuando ya Hamed, arrojándose sobre el capitán, le derribaba al suelo.

³ Gávur: perro cristiano

⁴ Basora: la segunda mayor ciudad de Irak. La red de canales que recorren la ciudad le hicieron ganar el sobrenombre de la Venecia de Oriente Medio.

La lucha fue violenta pero muy corta. La fuerza extraordinaria del gigante se impuso y, en seguida, tras quitarle la armadura que Metiub no pudo atravesar, le dejó desnudo; luego le sujetó por los brazos, por las piernas y bajo las axilas a unas anillas pendientes de una polea situada entre los dos árboles del velero, fue levantado a una altura de unos cuatro metros.

Delante y detrás tenía las púas aceradas del denominado peine de tres pies de largas, con puntas agudas muy afiladas, de unas cinco a seis pulgadas. El capitán se dejó izar sin soltar un grito.

—¿Piensas hablar ya? —inquirió iracunda la joven.

—Ya te dije que no sé nada.

—¡Ah! ¡Vamos a verlo!

—Sí, lo que tú deseas es mi vida. Lo he advertido. Conforme: tómala y que te aproveche.

—Si hablas, nada se te hará.

—No sé la menor cosa.

—¡Hazle danzar! Ya comprobaremos si cuando notes el aguijón de las puntas de acero te decides.

—Perderás el tiempo en vano.

—¡Báilalo, Hamed! —barbotó la sobrina de Alí.

Los marineros de la galeota, que temblaban de ira al ver a su capitán impulsado contra las púas de acero que amenazaban desgarrar sus carnes terriblemente, apuntaron los arcabuces. Pero las ocho culebrinas y los treinta arcabuces que los vigilaban les hicieron comprender lo aconsejable de reprimir su indignación, teniendo, además, presente que las cincuenta galeras sólo aguardaban una indicación para asaltar a la nave damascena.

—¿Confesarás? —inquirió por última vez Haradja.

—No sé nada.

—Entonces que el profeta, en su infinita misericordia, te acoja.

—¡Perra maldita! Asesinas a un hombre por cuyas venas corre la misma sangre que por las tuyas, pues yo soy también turco y...

Se interrumpió y lanzó un terrible grito que hizo palidecer a todos los marineros de la galeota. Hamed, con un tirón mayor de la cuerda, le hizo estrellarse contra los arpones, y uno de éstos se le hundió junto a la columna vertebral. El infortunado hombre quedó un instante clavado en el peine, pero después lo sacaron de allí y de nuevo le balancearon.

Nuevamente emitió un espantoso grito. Dos arpones se le habían hundido con gran fuerza en el vientre, surgiéndole por la espalda casi un palmo las afiladas puntas ensangrentadas.

Un bramido de furia salió de entre los hombres de la galeota. Pero no hubo ninguno que se atreviera a intentar de nuevo sublevarse. Se consideraban perdidos más que derrotados. A no ser por las cincuenta galeras, que se hallaban muy cerca, aquel grupo de bravos, ya que todos los turcos del Asia Menor son en extremo valerosos, no habrían dudado ni por un momento en iniciar una desesperada lucha.

Otra vez había sido desclavado el capitán, y por sus terribles heridas se le iban la sangre y los intestinos; hipaba con dificultad, y en los estertores de su agonía profería furiosas injurias e incluso blasfemias contra el Profeta.

La joven continuaba contemplándole impertérrita. En las cubiertas de ambas naves imperaba un silencio de muerte. La sobrina de Alí lo quebró para ordenar, en tanto que se sentaba sobre una culebrina:

—Metiub, ese hombre me fastidia con sus alaridos. Mátale de un arcabuzazo.

—No me ordenes cometer canalladas, señora. Déjale que muera en paz.

—En este momento eres tú más cruel que yo. Su agonía podría prolongarse más de una hora, y sin esperanzas de regresar con vida a Damasco. Y además, las huríes del Profeta esperan anhelosas y sonrientes a los valientes guerreros del Islam.

—Acaso estés en lo cierto. Pero este trabajo lo puede realizar Hamed. Yo combato, pero no asesino.

—Ya le has oído, Hamed —notificó Haradja al negro.

—Sí, señora.

El verdugo de la galera tomó un arcabuz, sopló la mecha, disparó, y la bala, penetrando en el cerebro del torturado, le mató al instante.

—¡Ea! Ya se encuentra en los brazos de las huríes. ¡Qué recompensa la que reciben nuestros guerreros!... Por el contrario, nosotras, infortunadas mujeres...

—Pero ¿se hallará en brazos de las huríes? —adujo, con acento de burla, Metiub—. No ha muerto luchando contra los *gávurs*.

—¡Bah! El Profeta tiene la manga ancha.

En ambas naves imperaba un absoluto silencio: tranquilo entre los tripulantes de la galera; preñado de amenazas que no osaban ponerse de

manifiesto entre los marineros de la galeota, los cuales todavía poseían sus armas. Pasado un rato, Haradja preguntó a Metiub:

—Pero ¿qué ocurre? ¿Tanto te ha impresionado la muerte del capitán damasceno? Cierto es que era tu camarada de armas.

—¿Qué pretendes dar a entender? —inquirió con bastante acritud, algo molesto, Metiub.

—Apodérate de las armas de esos hombres y de su navío. Las cincuenta galeras están esperando solamente mi señal, una enseña azul con banda amarilla izada encima de la de mi tío, para barrer y destruir con sus mil culebrinas esa galeota...

Estas palabras las pronunció en voz alta para que pudieran oírlas bien los damascenos. Y Metiub ordenó:

—¡Abajo las armas! Así lo desea la sobrina del Gran Almirante.

Tras una breve vacilación, los tripulantes de la galeota apagaron las mechas y dejaron caer en cubierta los pesados arcabuces, aunque las cimitarras y los yataganes fueron arrojados al mar.

—Ya está —anunció Metiub a su señora.

—Ahora trae a mi presencia al bajá.

—¿Qué pretendes hacer con él?

—Yo lo sé, y es suficiente.

Dos minutos más tarde el gigantesco Hamed trasladaba en sus hercúleos brazos a un anciano de larga barba blanca envuelto en una soberbia cubierta de seda adamascada. Se trataba del padre del León de Damasco, y fue colocado encima de dos culebrinas que Metiub hizo situar juntas, a pocos pasos de Haradja.

A pesar de que debía de haber rebasado ya los sesenta años, el anciano tenía un arrogante aspecto, facciones enérgicas y nobles y ojos aún brillantes que denotaban el veterano e indomable guerrero. Contempló fijamente a Haradja y la interpeló de la siguiente forma:

—¿Quién eres, que has osado atacar mi nave? ¿No te has fijado en mi bandera, la del bajá de Damasco?

—¿Y no te has fijado tú en la mía? Pues fíjate en ella.

El anciano levantó la vista y sus labios exhalaban una exclamación que denotaba cólera y sorpresa.

—¿Y qué desea de mí el Gran Almirante? —dijo—. Mejor sería que ocupase su tiempo y sus galeras frente a Candía.

—No es él. Yo soy quien desea algo de ti.

—¿Y tú quién eres?

—La sobrina de Alí-Bajá.

—¿La gobernadora del castillo de Hussif?

—Esa misma.

—Ya sabía yo —exclamó el anciano, apretando los puños —que algún día habría de hallarte en mi camino, malvada. En tres ocasiones han fallado tus intentos para hacerme abandonar Damasco y apresarme en el camino, y a la cuarta lo conseguiste. ¿Qué deseas de mí? Acuérdate de mi parentesco con Mohamed II y explícate.

—Mohamed II ya está muerto y no dejará a las huríes para acudir en tu ayuda... ¡digo yo!

—Soy un príncipe.

—¡Hicieron desaparecer tantos los sultanes!... Asesinan a sus hermanos cuando van a ocupar el trono, e incluso a sus hijos si se les hacen sospechosos.

—¿Y con ello qué pretende dar a entender la castellana de Hussif?

—Que me portaré contigo como lo haría con cualquier otro prisionero de guerra.

—¿Conmigo?

—Sí, contigo: con el señor de Damasco.

—En primer lugar deseo saber por qué has disparado contra mi navío y la razón de que lo hayas tomado al abordaje.

—Aún hice más. Date la vuelta y observa qué cuelga del trinquete.

El bajá se dio la vuelta y lanzó un grito de espanto.

—¡Miserable! —barbotó, mientras sus ojos despedían fuego.

—Por poca cosa te espantas.

—¡Canalla!...

—Él tuvo la culpa. Si hubiese hablado, estaría vivo.

—Has asesinado a un hombre valeroso.

—Vuelvo a decirte que él tuvo la culpa. Si me hubiese indicado en qué lugar estaban tu hijo y tu nuera, la duquesa cristiana, no le habría ocurrido la menor cosa. En fin... Ya hablarás tú ahora.

—¡Yo!

Haradja hizo un gesto de indiferencia con los hombros.

—Fíjate en lo que haces. Nos encontramos en alta mar y puedo echar a pique tu galeota con toda la tripulación. Te garantizo que nadie quedará con vida para marchar a Constantinopla a explicárselo a Ibrahim, nuestro buen sultán.

—Lo que significa que si no hablo, a pesar de ser tu superior y de más noble linaje que tú, ya que tu tío no era más que un pirata argelino, me asesinarás igual que a mi capitán de armas.

Haradja vaciló un instante y contestó por último:

—Ya se verá.

—¿Qué deseas averiguar?

—¿Dónde se encuentra tu hijo Muley?

—¿Para qué lo quieres saber?

En los negros ojos de la castellana de Hussif relució un relámpago de ira.

—¿No estás enterado de que éramos amantes, que era mi prometido el orgulloso y valiente León de Damasco?

—Alguna vaga idea tengo sobre ello... ¿Y qué más?

—Una princesa cristiana me lo arrebató.

—También estoy enterado.

—¿Dónde se encuentran? Desde hace tres años los estoy buscando...

—¿Dónde se habrán ocultado?

—Te lo pregunto a ti. Eres el padre del León de Damasco y suegro de esa odiosa capitán Tormenta. Tú has de saberlo.

—Al renegar mi hijo de la religión del Profeta y casarse con una cristiana no quise saber nada más de él. Ya no supe nada más del León de Damasco.

—¡Mientes! —gritó Haradja, irguiéndose, lívida—. ¡Mientes!... Pero de todas maneras, estás en lo cierto. Es tu hijo y has de defenderle... No obstante, a ella no. Ella es una *gávrur* que luchó contra los hijos del Islam, y mató a tal número de ellos que bien debes, a pesar de que se trate de una mujer, entregármela. ¿Dime dónde se encuentra esa mujer? ¡Quiero averiguarlo!

—Si no he tenido noticias sobre Muley, mucho menos puedo haberlas tenido de la cristiana. ¿Dónde están? ¿Quién lo sabe? Únicamente sé que la duquesa tenía extensas posesiones en Nápoles y también en Negroponte y Candía. Es posible que recorran Italia, o acaso otra parte de Europa, si no se considera a salvo en Italia.

—¿Abandonando a su hijo en Venecia?

—Nuestros compatriotas no tienen, ahora que la guerra sigue sin tregua, acceso a la Reina de los Lagos. No han podido olvidar aquellos mercaderes la pérdida de la mayor parte de sus colonias: Morea, Negroponte y Chipre. Y tampoco han podido olvidar aquellos quinientos guerreros que, habiendo caído con vida en poder de Mohamed II, fueron asesinados...

—El sultán estaba en su derecho y, por otra parte, era familiar tuyo.

—Yo, que me considero acaso más turco que los que habitan en Constantinopla, no hubiera cometido semejante canallada.

—Ellos fueron los culpables. ¿Por qué obstinarse en proseguir la guerra si no eran lo suficientemente fuertes?

—No obstante, han exterminado, bajo las murallas de la ciudad de Chipre, y en Candía, Morea y Negroponte, a más de doscientos mil guerreros y han aniquilado además, con la ayuda de los caballeros de Malta, más de trescientas galeras. ¡De manera que si llegan a ser lo bastante fuertes!... En diez años de sitiar Candía por tierra y mar, ¿qué hemos logrado? ¿Qué ha realizado tu gran tío con sus quinientas galeras? ¿Y qué ha conseguido Yussuf Bajá?

—Conquistar Canea.

—No la totalidad de la isla, a pesar de que por todos los caminos se distinguen los huesos de nuestros guerreros.

—Bueno; eso no me preocupa. El que marcha a la guerra, ya sabe que puede morir. Por tanto, deja de decir bobadas y, en el supuesto de que no quieras confesar dónde está tu hijo, dime en qué lugar se esconde la *gâvur*.

—Ya te dije que no lo sé —repuso el bajá en tono seco.

—¿No lo quieres confesar?

—No lo sé.

—Igual hablaba tu capitán de armas, y observa el final que tuvo; fíjate qué sacó con su obstinación.

—¿Te atreves a amenazarme? —preguntó el anciano, arrugando la frente y poniéndose pálido.

Haradja se encogió de hombros e indicó al corpulento negro:

—Trae sobre cubierta un par de caballetes, dos mesas y tres navajas de afeitarse.

—Sí, señora.

—¿Serías capaz? —bramó el bajá.

—¡Bah! ¿Quién eres tú en este momento, señor de Damasco? Un derrotado..., un prisionero de guerra; nada más.